

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

LIBRO PRIMERO
PARTE DÉCIMA

LAS NACIONALIDADES

POR DON TOMÁS RODRIGUEZ PINILLA

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

LIBRO PRIMERO

PARTE DÉCIMA

LAS NACIONALIDADES

POR DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

LIBRO PRIMERO

LAS LUCHAS NACIONALES

LIBRO PRIMERO

LAS LUCHAS NACIONALES

CAPÍTULO PRIMERO

MONARQUÍA UNIVERSAL Y NACIONALIDADES

§ I.—Consideraciones generales.

La lucha entre el catolicismo y el protestantismo durante los siglos XVI y XVII fué religiosa y política á la vez; en ella están tan estrechamente unidos los intereses de la religion y los de las nacionalidades, que es difícil decir cuáles son los predominantes. Entre los historiadores modernos hay algunos que, preocupados de las consecuencias á que llegaron las guerras que sobrevinieron á la Reforma, sostienen que la religion no fué más que un pretexto ó un instrumento, y que los príncipes, en realidad, eran movidos por su ambicion al solo fin de sostener su independencia; otros, viendo que las guerras procedían de una revolucion religiosa, opinan que el objeto principal del debate era, de una parte, la pretension del papado á la omnipotencia espiritual y temporal, y de otra parte, la libertad del pensamiento y la soberanía de los pueblos. Esta última es la idea que nosotros hemos desarrollado en el estudio acerca de las *Guerras de religion*. No por eso pretendemos que la sangrienta lucha con que se inaugura la edad moderna haya sido exclusivamente religiosa en su principio y en sus consecuencias; por el contrario, hemos hecho

constar el enflaquecimiento de la influencia de la Iglesia desde el momento en que termina la Edad Media. Las guerras contra el protestantismo no son ya las cruzadas; cierto que es la ambicion del catolicismo la que las enciende, pero á ello se mezclan otras ambiciones y otras tendencias. Eso no obstante, hay una cosa muy notable, hay un lazo íntimo entre las dos fases de la lucha; el fin es casi idéntico, por más que los intereses sean diversos, y lo mismo se observa en los resultados.

La Reforma destruyó la unidad cristiana, tal como se había formado en la Edad Media, á merced de la invasion de los Bárbaros. Tenía esa unidad dos cabezas, el papa y el emperador; de consiguiente, era medio religiosa y medio política. Los protestantes atacaron al papado, y, por lo tanto, al imperio. Era imposible que los papas abdicasen voluntariamente sus ambiciosas pretensiones, y combatían el protestantismo para restablecer la unidad de la fe, y, por consecuencia, la dominacion universal de la Iglesia. Pero en la doctrina católica, la unidad religiosa, representada por el papa, no podía existir sin la unidad política, representada

por el emperador; lo cual quería decir que la lucha del catolicismo contra la Reforma tendía necesariamente á reconstituir la unidad política no ménos que la unidad religiosa de la Edad Media. No era, por lo tanto, una vana quimera la ambición de monarquía universal que en los siglos XVI y XVII constituyó la grandeza de la Casa de Austria y fué el terror de sus enemigos. Carlos V era el aliado natural del papado; pero el defensor de la Iglesia perseguía al mismo tiempo un fin personal, al paso que se confundía con el interés de la Iglesia: el restablecimiento de la unidad católica debía ser más provechoso áun al emperador que al papa.

Carlos V legó su ambición á su heredero; y cuando la Casa de Austria, vencida por el genio de Richelieu, tuvo que renunciar en la paz de Westfalia á sus ambiciosas pretensiones, las trasmitió á su vencedor. Y la monarquía universal fué más peligrosa en las manos de la Francia que lo había sido nunca en las manos de España. Se observa que son siempre las potencias católicas las que amenazan la libertad y la independencia de la Europa. Y así debía ser, porque la monarquía universal es una idea católica. Respecto á la Edad Media, eso es indudable: el papa y el emperador son los dos jefes de la cristiandad, y el cristianismo no conoce otros límites más que los del mundo. La monarquía universal era, pues, una institución divina, y á los ojos de los católicos tenía la misma legitimidad que el papado, porque la idea del imperio se confundía con la del pontificado. Una vez que esa idea entró en la conciencia general, en ella se mantuvo hasta que la hizo suya el espíritu de conquista, como si el catolicismo inspirase su misma ambición á los conquistadores. No hay príncipe protestante que haya pensado en extender su dominación por toda la tierra; y costaría trabajo encontrar entre los escritores protestantes un partidario de la monarquía universal: la unidad política como la unidad religiosa ha sido siempre patrimonio de Roma. Y eso es muy lógico: si la unidad religiosa es el ideal de la humanidad y un ideal divino, otro tanto debe ser la unidad política.

La lucha del catolicismo contra la Reforma fué, de consiguiente, una lucha por la monarquía universal. Después de largas y ruinosas guerras cedieron los papas; y la paz de Westfalia consagró separación religiosa, perpetuándose la división.

Otro tanto sucedió con las tentativas políticas de monarquía universal; destruyendo la unidad religiosa, los protestantes destruyeron también y para siempre la unidad política. La Reforma fué la que impidió á Carlos V realizar sus ambiciosos designios; fueron los príncipes protestantes, Guillermo de Orange, Enrique IV é Isabel, los que salvaron la Europa del yugo de Felipe II, y fué también la guerra de treinta años, protestante en su origen, la que salvó la libertad de la Alemania y de la cristiandad. La paz de Westfalia aseguró la independencia de los príncipes alemanes contra el emperador; desde entonces dejó de existir la idea de una monarquía universal apoyada en la del imperio cristiano. De este modo el protestantismo representa el elemento de nacionalidad, mientras que el catolicismo se confunde con el principio de monarquía universal. La revolución religiosa del siglo XVI fué una reacción de lo que hay de individual en la religión contra la unidad absorbente de Roma, é influyó, además, en nombre de las naciones, contra la idea de monarquía encarnada en el papado.

Hé aquí por qué los Estados protestantes son los órganos de las nacionalidades; beneficio que no se ha agradecido lo bastante á la Reforma, á la cual debemos la libertad de pensar y la libertad religiosa, y la debemos, además, la independencia de las naciones. La Europa debe á la Reforma el que en los siglos XVI y XVII pudiera sustraerse á la dominación universal de la Casa de Austria. Y si en el día, á pesar de la ambición siempre viva de esa monarquía, no tiene que temer la Europa verse subyugada á la voluntad de un solo hombre, agradecerlo debe también á la poderosa influencia del espíritu de nacionalidad inherente á los Estados protestantes, y tan imperecedero como la individualidad humana.

El tratado de Westfalia consagra á la vez la separación religiosa de la cristiandad y la independencia política de los Estados. Pero la paz de 1648 no puso fin á la lucha, ni en el terreno religioso ni en el político. Fué reconocido el protestantismo y con ello el elemento de diversidad; pero Roma protestó, y sus pretensiones continuaban. La Casa de Austria ha decaído y sucumbe, pero no á los golpes del protestantismo solamente, puesto que para vencerla tuvieron que apoyarse en Francia, y Francia es un aliado pérfido. Después de ha-

ber sostenido la Reforma en Alemania, Francia la persiguió en su seno; y después de haber combatido la ambición de España, fué á ocupar su puesto y á dominar á su vez en toda Europa. ¿Por qué sobrevivió á la paz de Westfalia la idea de la unidad religiosa y política? Porque el protestantismo no representa más que uno de los elementos de la naturaleza humana, la individualidad. Ciertamente es que la religión en su esencia no es más que una relación del hombre con Dios, pero es también un lazo entre los hombres; las creencias religiosas no llegan á ser una religión sino cuando dejan de ser individuales, para ser patrimonio de una sociedad de fieles. Hé aquí por qué el catolicismo, órgano de la unidad, tiene su legitimidad al lado de la Reforma. Añadamos á eso que la unidad en materia de religión no es más que un medio; y si el sentimiento religioso no se desarrolla ni se fortifica más que por la asociación, el fin que persigue no es otro más que la santificación del individuo. De esta manera se concilian dos necesidades igualmente legítimas de la naturaleza humana, la diversidad y la unidad. La religión debe satisfacerlas ambas para llenar su misión; y cuando no atiende más que la de la unidad, sacrifica y anula al individuo, á quien tiene el deber de moralizar; por el contrario, cuando todo lo refiere al individuo, relaja el vínculo social, fuera del cual el hombre no puede desenvolver sus facultades.

Y lo que decimos respecto de la religión puede aplicarse á las relaciones políticas. El fin de la constitución social, dígame lo que se quiera, no puede ser diverso, en realidad, del fin de la religión; porque el hombre es uno, y es indispensable, por lo tanto, que haya armonía en su existencia. El objeto que se propone la religión es la salud del hombre, y lo que la teología llama salud, la filosofía lo llama desarrollo de las facultades humanas. Tal es el destino del hombre en la tierra: desarrollar sus facultades, no sólo con respecto á su vida actual, sino teniendo en cuenta su vida progresiva é infinita. En política como en religión, el individuo es el fin, la sociedad es el medio. No puede ser objeto de duda el que el hombre es un ser destinado á vivir en sociedad; el salvajismo de Rousseau es una paradoja. Pero ¿cuál es la misión de la sociedad ó del Estado, que no es más que la sociedad organizada? Esta cuestión es fundamental y sobre ella hay opiniones contrarias. Partiendo de que el

individuo es el fin y de que el destino que Dios le ha señalado es su desarrollo armónico, es forzoso decir que la sociedad debe ser organizada de modo que el hombre pueda desenvolverse en ella libre y completamente. Nuestro principio excluye la unidad absoluta y el individualismo absoluto; tal unidad destruiría la energía individual, y va, por consiguiente, contra el fin de la sociedad: el individualismo absoluto nos llevaría á la anarquía en vez de conducir á la organización social y privaría al individuo del apoyo que necesita encontrar en el Estado (1). Y no es esta sola la dificultad, por más que sea inmensa. ¿Debe la unidad detenerse en el Estado ó debe extenderse á la humanidad? ¿Cuáles son las relaciones entre los pueblos? ¿Deben tender á la independencia absoluta ó á la asociación? Aquí vuelve á presentarse la cuestión de la monarquía universal y de las nacionalidades.

Llevando hasta sus últimas consecuencias el principio de que las sociedades humanas deben ser organizadas con el fin del más completo desarrollo de las facultades del hombre, no hay razón alguna para limitar la asociación al establecimiento de las nacionalidades y hacerlas casi del todo independientes. Por cima de las naciones está la humanidad; y siendo una la humanidad, es forzoso que los pueblos sean hermanos; hay, por lo tanto, un vínculo entre ellos, como lo hay entre los individuos. El hombre no es solamente miembro de una sociedad particular, es miembro de la sociedad universal del género humano; y no podría llenar la misión que Dios le diera si estuviese como aprisionado dentro de una asociación ó Estado particular. El aislamiento es tan funesto á las naciones como á los individuos; y así como el hombre se aniquila en la soledad, los pueblos se inmovilizan y perecen en el aislamiento. Hay una vida general de la cual debe participar el hombre, siendo esto una condición necesaria de su desarrollo físico, moral é intelectual. Pero es inútil insistir en la necesidad de las relaciones activas entre todos los pueblos de la tierra; los hechos hablan con más fuerza que las palabras. ¿Deberán esas relaciones extenderse hasta formar una organización análoga á la de los Estados? Esta es la grande dificultad. Que la tendencia á la unidad se manifiesta en la vida de la humanidad entera, es incontestable. Por muy atras

(1) Véase la parte séptima de mis *Estudios*.

que miremos en la historia, hallaremos siempre tentativas de monarquía universal, que se han reproducido hasta en los tiempos modernos. El siglo XIX ha sido testigo de una lucha gigantesca entre el genio de las conquistas, personificado en un hombre, y las naciones amenazadas en su independencia. Pero esas mismas luchas atestiguan que la unidad no puede realizarse bajo la forma de una dominación que abrazase al mundo entero. La historia nos enseña que los ensayos de monarquía universal han sido funestos á los pueblos conquistados, que, al perder su libertad, han perdido su principio de vida: semejante monarquía sería el sepulcro de las naciones, y, por consiguiente, de la humanidad.

Pero ¿es esto decir que las naciones deban continuar gozando de una independencia absoluta, sin que haya entre ellas lazo alguno de unión? Se dice que las naciones son de Dios lo mismo que los individuos; que Dios las ha señalado un territorio particular que están llamadas á explotar; que las ha dado un idioma particular, signo de su individualidad, un carácter diverso y una misión especial... Todo eso es verdad, y la consecuencia que de ello resulta es que el principio de nacionalidad debe presidir á la constitución de los Estados; pero ¿hay que deducir de ello que una vez formadas las naciones estén destinadas á coexistir eternamente, sin que haya entre ellas más vínculo que el de los contratos? Eso equivaldría á decir que la libertad ilimitada, que todo el mundo rechaza como imposible con respecto al individuo, era el estado natural de los pueblos. Esto nos parece contradictorio. No se puede atribuir á las naciones una personalidad más caracterizada que la que tienen los individuos; y éstos, aun cuando tienen una existencia aparte y un destino especial, ¿dejan por eso de formar parte de una sociedad organizada, renunciando á su absoluta independencia en beneficio del pro-comun? Lejos de ser el Estado un obstáculo es, por el contrario, una condición esencial para el desarrollo de la individualidad humana. ¿Y por qué no había de suceder lo mismo con las naciones? Teóricamente no se encontrará, por más que se busque, la diferencia; y si la libertad del individuo puede ser limitada, si hasta debe serlo para que aquél cumpla su destino, con mayor razón debe suceder lo mismo respecto á la libertad de las naciones.

Pero ¿cuál debe ser el vínculo que las una?

¿Debe ser el mismo que une á los ciudadanos dentro del Estado? La solución de este problema pertenece al porvenir; todo lo que se puede afirmar al presente es que la unidad no se establecerá bajo la forma de una monarquía universal, tal como los conquistadores la han ambicionado, tal cual la han soñado los filósofos. Desde el momento que se reconoce á las naciones como á los individuos una vida aparte es preciso que sea respetado el principio de esa individualidad; y la monarquía universal absorbe y destruye toda existencia individual; es una falsa unidad, porque no toma en cuenta el fin de aquélla, el cual no es matar las nacionalidades, sino favorecer su desenvolvimiento, haciéndolas vivir de la vida general del género humano. En teoría, la monarquía universal no tiene más valor que el de instinto de la unidad; y de hecho, las monarquías conquistadoras han tenido por misión el reunir los pueblos y preparar su futura asociación. Pero cumplida esa misión, no puede ya pensarse en monarquía universal. Lo que sucede á nuestra vista nos revela las vías por las cuales llegará la humanidad al cumplimiento de sus destinos. Durante el siglo XIX se está verificando un doble trabajo. De una parte, las nacionalidades encadenadas tratan de conquistar su independencia; el movimiento es providencial, y, por consiguiente, irresistible; triunfará de los intereses contrarios y de los que malamente se llaman derechos adquiridos, porque no hay derecho contra la voluntad de Dios. De otra parte, la ciencia y la industria hacen trabajos para unir todos los pueblos de la tierra: desaparecen las distancias, las relaciones se extienden, los vínculos se multiplican. Cuando ese doble movimiento se acerque á su término, la constitución de la unidad humana, que todavía hoy parece una utopía, se realizará por sí misma. No hay nada imposible más que lo que es contrario á las leyes de la naturaleza: una dificultad, por grande que sea, no es una imposibilidad. Hay, sí, imposibilidades temporales: en la Edad Media era imposible el Estado moderno; pero en el siglo XIX, aunque se quisiera restablecer el régimen feudal, no sería posible. La organización de la humanidad, imposible hasta el día, se verificará por el progreso natural de las relaciones internacionales.

§ II.—La monarquía universal

La monarquía universal es un legado del mundo antiguo y ha sido la ambición de todos los conquistadores desde el fabuloso Nemrod, "el forzudo cazador delante del Señor," hasta el pueblo rey. En la Edad antigua de fuerza y de violencia, la guerra era el gran instrumento de civilización; y los conquistadores unían los pueblos encadenándolos; las naciones no existían, y el elemento individual, que representa tan gran papel en toda la creación, era hasta tal punto desconocido que ni aun dentro de la ciudad se le respetaba: "El Estado absorbía al ciudadano." Los Romanos realizaron el sueño de los conquistadores, y el emperador, encarnación del pueblo, se llamó dueño y señor de la tierra. Esos señores del mundo ignoraban que sus largas guerras tenían por objeto providencial preparar las vías á Aquel que los profetas celebran como al príncipe de la paz; y, en efecto, cuando esa misión fué cumplida, la monarquía universal de Roma se arrumbó bajo los golpes de los pueblos bárbaros, que á la voz de Dios acudieron á repartirse los despojos. Y fueron los Germanos los que dieron á la humanidad el elemento individual y de diversidad; y en ellos hay que buscar el origen de las nacionalidades.

La ambición de Roma pagana tuvo un heredero en el catolicismo y en el pontificado: persiguiendo la unidad absoluta en el terreno religioso, los papas fueron llevados por la lógica de las ideas tanto como por la tradición romana á pretender también la unidad política de la cristiandad, y de ahí una nueva monarquía universal que tenía á su cabeza al soberano pontífice y al emperador. El elemento individual de la raza germánica se doblegó momentáneamente bajo el yugo del papado; pero no desapareció, sino que se desenvolvió bajo el régimen del feudalismo. Ese lento trabajo de la Edad Media produjo las nacionalidades modernas; y cuando se halló terminado, la unidad católica ya no tenía razón de ser. Y también fué la raza germánica la que, á la voz de los reformadores, rompió la unidad que Roma cristiana había impuesto al mundo, así como había destruido la obra gigantesca de Roma pagana, demostrándose por ello que el catolicismo es el representante de la monarquía universal, mientras que el protestantismo es el órgano de las nacionalidades.

TOMO III

El catolicismo tiene la ambición de ser inmutable y de dar, sin embargo, satisfacción á las necesidades de la humanidad en todas las épocas de la vida. Es esa una pretensión contradictoria, porque variando con los tiempos las ideas y los sentimientos, la doctrina que quiera darles satisfacción tiene que cambiar igualmente; la inmutabilidad es la muerte, y la muerte no puede presidir á la vida; se necesita, por tanto, que la religión se modifique ó que renuncie á gobernar las almas. En nuestro Estudio sobre las *Guerras de religión* hemos dicho que el dogma católico se ha modificado no obstante su pretendida inmutabilidad. En el terreno político difícilmente podrían negarse los cambios, porque están á la vista y lo demuestran los hechos; y como la teoría política del catolicismo no es más que la expresión de su creencia religiosa, la monarquía universal del emperador, hallándose íntimamente ligada á la dominación universal del papa, el catolicismo necesita sostener tanto la una como la otra, á riesgo de abdicar en otro caso su alta ambición. Sería, pues, necesario que al fin del siglo XIX resucitase la unidad representada por el papa y el emperador en la Edad Media; pero ese retroceso imposible, ¿respondería acaso á las aspiraciones de la humanidad moderna?

El protestantismo fué un gran progreso hácia el porvenir: despertó el sentimiento religioso que el catolicismo casi había sofocado, é imprimió, además, una fuerza irresistible al principio de nacionalidad dándole la religión por apoyo. El mundo católico sufrió una gran sacudida con la revolución del siglo XVI. Esa influencia de la Reforma en el catolicismo no la niegan los católicos en la esfera religiosa; pero aún es más grande y más incontestable en la esfera política. Tan cierto es esto, que la teoría de la unidad cristiana por el papa y el emperador ha sido abandonada. Hoy, al identificar con el catolicismo la idea de monarquía universal, nos exponemos á ser acusados de malquerer; pero el hecho es cierto, y nos será muy fácil probarle. Si esa idea ha sido abandonada, si se ha dejado reemplazar por la idea de nacionalidad, ha sido á pesar del catolicismo, ha sido una victoria ganada por el principio protestante. Importa mucho insistir sobre esto: primero, porque la lucha de las nacionalidades contra la monarquía universal es el hecho capital de la historia moderna; y después, porque en la época de reacción en que nos encon-